

» En cuanto á mí, tal como he vivido desde que me conozco, es decir, con una serenidad llena de deseos celestes, y un animoso é infatigable amor á la libertad; tal voy á morir.

» Que Dios sea con vosotros y conmigo.

» Vuestro hijo, hermano y amigo,

» KARL LUDWIG SAND. »

Después, escrita esta carta, Sand envió recado al señor G... suplicándole subiese á verle, y le dijo que tendría gusto en hablar con el verdugo antes del día de la ejecución. Pareció tan extraño el deseo al señor G... que vacilaba en responder, pero Sand insistió de un modo tan bondadoso y firme á la vez, que el señor G... le prometió que al punto que aquel individuo llegase á Manheim, se haría como lo pedía.

LA EJECUCION.

La ejecución se había fijado para el 20, es decir á los tres días de la notificación de la sentencia. En Alemania concede la ley tres días completos al reo para dejarle tiempo de prepararse á la muerte. El 20, pues, á las dos de la tarde era cuando debía cesar de vivir Sand.

El 18 se pasó en recibir á diferentes personas que habían manifestado deseos de ver al reo, y á los que había él concedido el permiso, siendo una de estas personas el mayor Holzungen que le había detenido. Aunque no le había visto mas que un momento, y á través del sangriento velo que le cubría los ojos, Sand le reconoció, y tan segura tenía su cabeza en el momento en que se hirió, y como hemos dicho, con una segunda puñalada, que recordó al mayor el traje que llevaba cuando

le arrestó. Admirado de aquella sangre fría y de aquella tranquilidad en un jóven que iba á morir tan distante aun de la edad que la naturaleza habia señalado como término de su vida, el mayor dirigió á Sand algunas palabras de compasion. Pero Sand le respondió sonriendo: — No es de mi de quien hay que tener compasion, señor mayor, sino de vos; yo muero por una conviccion que me es propia, y vos morireis probablemente por una conviccion que os será extraña. El mayor Holzungen le animó á que se mantuviera en la misma firmeza.

— Señor mayor, dijo Sand, los mártires hebreos morian tan valerosamente como los soldados romanos.

Llegó la noche. Sand pidió le dejasen solo y estuvo escribiendo hasta cosa de las once, pero quemó lo que habia escrito, de modo, que no se encontró ni resto de ello. A las once se acostó y durmió hasta las seis; el cirujano que iba para curarle como de costumbre, le despertó al entrar en su habitacion.

Como dos horas despues de terminada la operacion, estando Sand acostado y el señor G... hablando con él, sentado al pié de su cama, se abrió la puerta, y uno de los criados del correccional hizo seña al señor G... de que tenia algo que decirle. El señor G... fué al punto á la puerta, donde

cambió con él algunas palabras en voz baja; despues volviéndose á Sand:

— Karl, le dijo, con una voz cuya emocion le era imposible dominar, es el señor Widemann de Heidelberg á quien habeis deseado hablar.

— Hacedle entrar, os lo suplico, dijo Sand, y haciendo un esfuerzo se sentó en la cama, tendiendo la mano al señor Widemann. Venid, caballero, le dijo, y sentaos aquí; tengo cosas importantes que deciros. Luego, como el señor G... quisiera retirarse: — ¡ Oh! quedaos, quedaos, mi querido director, no estais de mas.

— Es decir, que sabeis quién soy, dijo balbuceando el señor Widemann.

— Sí, ciertamente, por eso deseaba hablaros.

— Estoy á vuestras órdenes, caballero.

— ¿Habeis hecho muchas ejecuciones, señor Widemann? continuó Sand.

— Tres, respondió.

— ¿ Y las tres han salido bien?

— ¿Cómo entendeis eso, caballero?

— Entiendo, que la cabeza ha caido del primero al segundo tajo.

— Dos han caido al primero, y uno al segundo.

— Pero conmigo, ya lo veis, señor Widemann, la cosa no será tan fácil, porque mi herida me ha paralizado casi todo un lado del cuerpo, de modo, que no puedo tener mi cabeza alta como seria ne-

cesario; pero no importa, tened fuerza, y aun cuando necesitarais dos tajos para separar la cabeza del cuerpo, y aun tres ó cuatro, como dicen sucedió al duque de Monmouth, no os aturdaís por eso. Por otra parte, si quereis, podemos ensayar, á fin de que pueda ayudaros en el momento supremo en cuanto de mí dependa, porque no habiendo visto una ejecucion nunca, no sé lo que hay que hacer, hé ahí porqué deseaba hablaros.

El verdugo estaba estupefacto de aquella sangre fria, y no sabiendo aun si Sand hablaba formalmente, cuando este se salió de la cama, y apoyado en el hombro del señor G..., llegó á una silla en la que se sentó, rogando al señor Widemann le indicase lo que tendria que hacer al dia siguiente.

Entonces comenzó el ensayo del terrible drama del patíbulo, ensayo durante el que faltaron las fuerzas, no al paciente, sino al verdugo; porque sacado de aquel modo de su terreno, le pareció la ficcion mas horrible que la realidad; no por eso dejó de terminar la demostracion homicida, indicó á Sand cómo estaria sentado en el banquillo, cómo el criado le levantaria la cabeza con una especie de trencilla de cuerda, y cómo él, aprovechando la ocasion en que el cuello estuviera extendido, se le cortaria con una espada. Sand escuchó, unas despues de otras, todas las explicaciones con la misma sangre fria; despues, cuando el señor Widemann

la dió todas, desde la primera á la última, le dió gracias y se volvió á su cama dejando al verdugo mas pálido y desfallecido que él. El señor G... creía tener una atroz pesadilla, y ne dijo no haber pasado jamás media hora como aquella, ni aun al dia siguiente.

En el momento en que el señor Widemann se retiraba, Sand le dió de nuevo las gracias, y le recomendó otra vez tuviese la mano firme al dia siguiente. — Sobre todo, añadió, no vayais á hacer lo que hoy, os he sentido temblar.

Momentos despues entraron tres eclesiásticos conocidos de Sand, uno era el señor párroco D..., de quien yo tenia una carta. El señor G... se aprovechó de su presencia para retirarse; no tenia ya ánimo, y se sentia destrozado todo el cuerpo, como si hubiese caido, me decia, de un piso segundo.

Los tres eclesiásticos estuvieron mas de tres horas con Sand; todo ese tiempo le emplearon en conversar de religion. Sand era un admirable teólogo, y siempre que hablaba de Dios era con una conviccion profunda y fe ardiente. Antes de separarse de él, el párroco D... le dije que habian llegado tantos estudiantes la víspera y que continuaban llegando tantos de minuto en minuto, que se temia al dia siguiente una colision entre ellos y los militares. Sand expresó con frases tan verdaderas cuál seria su gran sentimiento de que la

sangre corriese por él, que el párroco D... se aprovechó de aquella disposicion de ánimo para pedirle á nombre de la autoridad que no hablase en el cadalso.

— ¡ Oh ! estad tranquilo, dijo Sand sonriendo, aun cuando quisiera no tendria fuerza para ello ; además, si esto puede contribuir á daros seguridad, os juro que no diré una palabra.

En efecto, como lo habia dicho el párroco D... habian llegado tantos estudiantes á Manheim, que no encontrando alojamiento en la ciudad, se habian alojado en las aldeas de las inmediaciones. Por su parte la autoridad no habia quedado inactiva, y se habia hecho ir de Carlsruhe al general Neustein con mil quinientos ó mil ochocientos hombres, entre caballería é infantería : acompañaba al general además una compañía de artilleros y cuatro piezas.

Mas á pesar de haberse tomado aquellas precauciones, llegaban los estudiantes en tal número, que la autoridad resolvió adelantar la hora de la ejecucion ; pero como hemos dicho, la ley alemana es terminante : deben pasar tres dias entre la notificacion de la sentencia y el suplicio ; se necesitaba, pues, la autorizacion de Sand para que se hiciese aquella alteracion. Tanto conocian su carácter, que resolvieron pedirsela.

Sand, como de costumbre, se habia acostado en

la noche del 19, á las once. Entraron en su habitacion á las cuatro de la mañana, y le encontraron tan profundamente dormido, que tuvieron que llamarle para despertarle. Sand abrió los ojos sonriendo, y reconoció al señor G...

— Ah ! sois vos, mi querido director, dijo Sand ; bien venido seais. ¿ Habré dormido tan bien que ya será la hora ?

— No, respondió el señor G... no son mas que las cuatro de la mañana.

— Entonces ¿ porqué me despertais tan pronto ? preguntó Sand en tono de reprension. ¿ Han creido que no estaria dispuesto ?

— No es eso, caballero, dijo el carcelero ; pero se espera de vos un grande acto de abnegacion en pro de la tranquilidad pública.

— Hablad, dijo Sand, todo lo que yo pueda hacer, lo haré.

— Se teme una colision entre los estudiantes y los soldados ; y como están tomadas de antemano las disposiciones militares, esta colision causaria grandes desgracias sin dejar siquiera la probabilidad de salvacion.

— ¿ Y quién os dice que yo quiero salvarme ? preguntó Sand. Yo he muerto á un hombre : todo asesinato exige una expiacion. ¿ Me he conducido como hombre que quiere librarse de la muerte ? ¡ No, señores ! cuando al llegar á Manheim me de-

tuve en la pendiente de la colina que domina la ciudad, he visto de antemano el sitio donde estaria mi sepulcro. Lejos de querer librarme de la mirada de Dios y de la justicia de los hombres, no tengo mas que darles gracias por haber prolongado hasta hoy mi existencia.

— Esas disposiciones me dan la esperanza de que me concedereis la peticion que tengo encargo de haceros, suplicó entonces el carcelero.

— ¿Cuál? preguntó Sand.

— Que permitais que vuestra ejecucion en vez de ser á la tarde, sea en esta misma mañana.

Sand hizo seña al señor G..., de que le diese papel, tintero y pluma, y escribió con mano firme, y con su carácter de letra ordinario, las cinco líneas siguientes :

« Doy gracias á las autoridades de Manheim de haberse anticipado á mis deseos, adelantando ocho horas el momento de mi ejecucion.

» *Sit nomen Domini benedictum.*

» KARL LUDWIG SAND. »

— Tomad, dijo entregando el papel al carcelero, hé aqui lo que deseais; únicamente pido tiempo para tomar un baño. Esta era, ya lo sabeis, la costumbre de los antiguos antes del combate.

Entonces el médico se aproximó á él para curarle.

— ¿ Merece la pena? preguntó Sand.

— Estareis mas fuerte, respondió el médico.

— En ese caso, curad.

Le llevaron en seguida un baño. Se metió en él, y continuó hablando de cosas generales, haciéndose entretanto peinar sus largos y hermosos cabellos. Luego, terminado su tocador, salió, se puso un pantalon blanco con botas por encima, un redingot negro, que como los redingots de los estudiantes, permitia al cuello estar muy desahogado, y fué á sentarse en su cama, donde estuvo un rato orando en voz baja; despues se despidió de los sacerdotes, diciéndoles que no teniendo nada de que acusarse, siendo casi él mismo eclesiástico, iria solo al cadalso, para no dar á su caridad el espectáculo de su muerte. Se despidió igualmente del médico, dándole gracias por el trabajo que se habia tomado en el espacio de once meses que le iba á curar todas las mañanas en su prision. Entonces se retiraron sacerdotes y médico, y dejaron solo á Sand.

En aquel momento redobló el tumulto de la calle, que iba siempre en aumento desde el amanecer, y Sand comprendió que pasaba algo de nuevo. En efecto, un momento despues entró el señor Wide-mann: lo que habia causado aquel aumento de ruido, era la presencia del verdugo.

Iba vestido con una larga levita negra, bajo la que ocultaba su espada. Al verle Sand, como la víspera y con la misma sonrisa, le alargó la mano, y como el señor Widemann, incomodado con su espada, que no quería se viese, vacilase :

— Venid, le dijo Sand, y enseñadme vuestra espada; bueno es conocer á las personas con quienes tiene uno que habérselas. Entonces el señor Widemann, pálido y tembloroso, se aproximó á él y le presentó su espada.

Sand la cogió, la desenvainó, pasó el dedo por el filo, y dijo :

— Está bien, hé ahí una hoja que no os dejará mal; que no tiemble el brazo y todo saldrá bien.

Y dichas estas palabras, volvió la espada al señor Wideman. Luego, volviéndose hácia el señor G...

— ¿No me hareis el último favor de acompañarme hasta el cadalso?

El señor G... le contestó con la cabeza que sí, porque conocia que si hubiese pronunciado una sola palabra, habria prorumpido en sollozos. Entonces Sand se levantó apoyándose, y volviéndose al señor Widemann y á los demás circunstantes :

— ¡Y bien, señores! dijo, ¿qué se espera? Estoy pronto. Dichas estas palabras, el señor Widemann, sin responder, empezó á marchar silenciosamente el primero. Sand le siguió apoyado en el señor G... Los demás siguieron á Sand.

Bajó la escalera y entró en el patio interior. A la puerta habia un pequeño cabriolé descubierto que se habia comprado en Heidelberg sin decir con qué objeto se compraba, porque en todo Manheim no se habia encontrado un alquilador de coches que quisiera alquilar ni vender el carruaje que habia de conducir á Sand al patíbulo! En el momento en que el reo apareció en el patio, los demás presos se pusieron todos á la ventana para despedirse de él. Muy débil para responder, Sand les hizo seña con la mano, y subió al carruaje.

Al poner el pié en el estribo, se inclinó hácia el señor G...

— Subís conmigo, ¿no es así? le dijo.

— ¿No os lo he prometido?

— ¡Gracias! y si me viérais debilitarme, decidme en voz baja mi nombre, ¿ois? y eso bastará.

En seguida se entró en el carruaje. El señor G... se colocó junto á él, y le abrieron las puertas de la calle.

En la calle habia un gentío inmenso, y á pesar de las numerosas patrullas que circulaban, era tanta la multitud, que apenas podia avanzar el carruaje. En el momento en que apareció, todas las voces exclamaron con un solo grito : ¡Adios, Sand! ¡adios, Sand!... Al mismo tiempo cayeron muchos ramilletes en el birlocho, mien-

tras que los que estaban demasiado lejos para arrojarlos hasta allí, los arrojaban sobre la multitud, que los dejaba pasar.

La atmósfera estaba sombría, y á pesar de ser el mes mas hermoso del año, habia llovido toda la noche. Demasiado débil aun para permanecer sentado, Sand llevaba la cabeza echada en el hombro del señor G... Su rostro, como de ordinario, era bondadoso, tranquilo y doliente. Su frente estaba despejada, sus ojos llenos de vida, pero habia sufrido tanto, que todo lo demás de su rostro, si es permitido decirlo así, habia envejecido diez años en sus catorce meses de cautividad. De vez en cuando, no obstante, levantaba su pálida fisonomía á que hacian sombra sus bellos cabellos negros, y miraba á la multitud sonriendo; entonces una nueva explosion de gritos y de coraje se elevaba por todos lados, tan desgarradora y tan dolorosa, que á cada una, Sand, tan tranquilo y resignado, no podia menos de enjugarse las lágrimas que á su pesar sentia correr de sus ojos.

El cortejo llegó al fin al sitio de la ejecucion. Hallábase, como hemos dicho ya, á unos cien pasos del camino real, en medio de una linda pradera, y sobre una colina que dominaba un arroyuelo. Se detuvieron un momento, porque los ayudantes del verdugo, que no estaban advertidos

del cambio de hora, habian comenzado su almuerzo en el cadalso. Despues de un alto de cinco minutos, el cortejo continuó su camino, y el birlocho se detuvo al pié de la escalerita, compuesta de ocho escalones, que conducia á la plataforma. En cuanto llegó allí, Sand miró al cadalso con la mayor calma; luego, volviéndose hácia el señor G...:

— Hasta ahora, le dijo, Dios me ha dado fuerza.

Dios se la dió hasta el fin. Sand se bajó del carruaje y subió al cadalso, apoyado en dos, encorvado por el dolor, pero sin exhalar un quejido. Llegado á la plataforma, levantó la cabeza, enjugó su frente cubierta de sudor, y despues miró con calma toda aquella multitud amiga, que parecia haberle acompañado hasta allí no por curiosidad, sino por deber. Despues, dirigiendo los ojos al cadalso:

— ¡Hé ahí el sitio donde voy á dejar de padecer! dijo. ¡Yo te doy gracias, oh Dis mio! por haberme dado fuerzas para llegar aquí. Entonces, como el señor G... le viese palidecer:

— Sentaos, Sand, le dijo, sentaos.

Sand se sentó, pero habiendo comenzado casi en el mismo momento la lectura de la sentencia, se levantó, y por mas instancias que le hicieron, quiso oír la lectura de pié. Terminada que fué, extendió la mano y dijo en alta voz:

— Muero confiando en Dios...

Mas al punto el señor G... le interrumpió, acercándose á su oído :

— ¿Qué haceis, Sand? le dijo. Habeis prometido no hablar.

— Es verdad, dijo Sand, lo habia olvidado. Además, saben bien que muero por la libertad de la Alemania.

Entonces, arrolló el pañuelo con que acababa de enjugarse el sudor de su agonía, y como Conrado hizo con su guante, le arrojó á la multitud. En el mismo instante, fué dividido el pañuelo en mil pedazos, y todos los que tenian un jiron levantaron la mano gritando :

— ¡Sand, Sand!... ¡adios Sand!...

Se oyó un redoble de tambores.

— Caballero, dijo el verdugo, ¿ me permitis os corte los cabellos?

— ¿Es pues necesario? preguntó Sand llevándose apresuradamente la mano á su cuello.

— Es para vuestra madre.

— ¡Oh, entonces hacedlo, hacedlo! exclamó Sand.

El verdugo le cortó los bucles que caian por detrás, dándoselos á medida que los cortaba. Sand los tomó, los reunió en un solo mazo, y mirando despues fijamente al verdugo :

— Por vuestro honor, señor Widemann, ¿ es para mi madre ?

— ¡ Por mi honor! respondió este.

— Entonces, hélos aquí.

Se levantó los otros y los anudó con una cinta en lo alto de la cabeza.

— Ahora, dijo el verdugo, será preciso que os dejeis atar las manos.

— ¡ Atad! dijo Sand presentándolas.

Y el verdugo le ató las manos á la espalda; pero como esta postura le tiraba atrás los brazos al paciente, y le obligaba á causa de su herida á inclinar la cabeza sobre el pecho, se vió obligado á desatárselas, y atarlas á los muslos; gracias á esta nueva posicion, Sand volvió á poder levantar la cabeza.

— ¡ Colocaos bien! dijo el verdugo.

— ¡ Y vos, tened firmeza! respondió Sand.

A tan escasas palabras sucedió un silencio terrible. Brilló la espada como un relámpago y descendió. Entonces resonó un gran grito en aquella multitud; la cabeza no habia caido, y medio desprendida del cuerpo, pendia sobre el pecho. El verdugo dió un segundo golpe que la echó abajo del todo, y al mismo tiempo fué á cortar la mano que estaba atada á la rodilla izquierda.

En este momento, sin que fuese posible contenerla, la multitud atropelló la fila de soldados y se precipitó al cadalso, empapando todos su pañuelo en la sangre, y los que llegaron despues,

cuando la sangre se habia empapado, hicieron pedazos el banquillo en que habia sido ejecutado, llevándose unos la madera y otros la paja de la silla ; llegaron por fin los que no habian podido obtener ni sangre ni silla y que se pusieron á cortar pedazos de las tablas, para tener al menos algo del patíbulo. Pero al fin, subió la tropa, separó la gente, y la cabeza y el tronco, puestos en un mismo féretro, fueron colocados en el birlocho y llevados al correccional en medio de una numerosa escolta militar.

A media noche, sin antorchas y sin luces, fué trasladado el cadáver al pequeño cementerio protestante situado en el camino de Heidelberg. Allí, en un rincon, se habia preparado un sepulcro de modo que fuese ignorado de todos. En efecto, en toda su longitud, se habia levantado el césped con precaucion, y la tierra que se habia sacado se habia puesto en telas, de modo que cuando el ataúd estuvo colocado y cubierto de tierra, volvieron á poner la que tenia el césped, y despues hicieron jurar á los presentes que no enseñarian á nadie el lugar donde estaba aquella tumba. Los circunstantes juraron y salieron. La puerta del cementerio se cerró tras ellos, se echó el sobrante de la tierra en un patio del correccional, y todo concluyó.

La pradera en que Sand fué ejecutado, recibió

desde aquel dia el nombre que lleva hoy; el pueblo la llama : Sand Himmelfartswiese.

Lo cual quiere decir :

— Pradera de la ascension de Sand.